

UNA TARDE EN EL ESTADIO

Al fin llegamos al estadio, después de haber caminado de la mano de mi padre cuatro cuadras tan largas, que me parecieron eternas. Al ingresar por un corredor profundo y oscuro, sentí que me perdía y entraba a otra dimensión, mayor fue mi desconcierto cuando me vi rodeado de una gran multitud de personas, colores y voces que se entremezclaban con grandes gritos de júbilo y emoción. Las graderías circulares eran inmensas, estaban totalmente llenas. Por un lado, una gran mancha guinda, con bombos y tambores. Mucha gente haciendo olas, parándose y sentándose como si fueran una sola persona y un solo corazón. Al otro lado, con la misma actitud, tocando bombos, tambores, cornetas y matracas, un mar humano, vestido de blanco y rojo, se movía al compás de innumerables “olas humanas”. Entre las personas que formaban las barras había quienes se habían pintado la cara de los colores de su equipo favorito, otros lucían orgullosos sus vinchas de colores rojiblancas o guindas, no faltaba alguno que además del polo se había puesto el short y hasta los chimpunes como si fuera el protagonista de aquella tarde deportiva. El ruido ensordecedor de las barras inundaba el ambiente, mi pecho se agitaba y una gran emoción me invadía, mientras las voces de los locutores de alguna radio cercana se mezclaban con los cánticos de los aficionados. Lo verde e inmenso del gramado llamó mi atención, las marcas de la cancha estaban muy bien delimitadas y perfectamente pintadas de un blanco impecable. Al mirarlas recordé la torta que por mi cumpleaños me regaló mi tío Lucho, con sus pequeños jugadores enfrentados en un clásico del fútbol peruano. El tiempo había pasado veloz y vi salir de la boca del túnel a los jugadores por primera vez. En ese instante el estadio explotó de alegría, luces de bengala iluminaban las tribunas y una lluvia de papel picado cubrió el cielo. Levantaron los brazos y saludaron a las tribunas. ¡Allí estaban! los mismos futbolistas que veía en la televisión, aquellos que eran motivo de conversación con mis amigos y veía en afiches, álbumes y portadas de diarios. Sentí un nudo en medio de mi garganta. Escuché la voz de mi padre diciéndome - mira Jaime ese es el capitán- mientras señalaba al jugador que llevaba un brazalete al lado derecho. Nunca me imaginé vivir la gran fiesta del fútbol, yo que siempre —en mis doce años de vida— había visto los partidos por la televisión. De pronto los jugadores se prepararon para iniciar el partido, se movían inquietos haciendo flexiones y dando saltitos y pequeños piques. El árbitro, vestido de un negro impecable, dio la señal y tocó el pito. El ruido se hizo ensordecedor, las tribunas parecían rugir. El partido había comenzado y el equipo de mis amores estaba ahora frente a mí por primera vez, la emoción me turbó, mi corazón seguía latiendo aceleradamente

Miguel Ángel Palomares y Jorge Contreras